

## Todo se reducía a eso

por  
Dolores Haze.

*Y en su carita de niña mexicana solitaria creí ver un brillo o una desolación que ya había visto otras veces y que nunca traía nada bueno. El amor nunca trae nada bueno. El amor siempre trae algo mejor. Pero lo mejor a veces es lo peor si eres mujer, si vives en este continente que en mala hora encontraron los españoles, que en mala hora poblaron esos asiáticos despistados.*

**Roberto Bolaño, *Amuleto*.**

Terminaron de comer y escanciaron lo último que quedaba de tinto en sus respectivas copas. Habían discutido. No eran una pareja feliz, pero algo debían de tener para haber aguantado tanto. Compromiso, solía decir B. Resignación, solía pensar A para sus adentros.

—¿Es en serio, A? ¿Así quieres dejar las cosas?

—¿Así cómo? Tú empezaste —dijo A—. Siempre haces lo mismo.

—¿Yo? A ver, dime qué es lo que hago. No entiendo.

—Creas un problema de la nada y después intentas pasarme la pelota a mí —dijo A, y comenzó a recoger los platos y los vasos sucios, mientras B se encendía un cigarro y hacía lo propio con lo que faltaba de la mesa. Por la ventana el cielo comenzaba a cambiar, el azul despejado cedía paso a los colores del atardecer.

—No estoy creando ningún problema, A, lo único que digo es que esas marchas pueden ser peligrosas. Es demasiado el riesgo que se corre para lo que se gana con ellas. Ya sé que están de moda, pero mejor no te arriesgues.

—No tiene nada que ver con la moda, desde siempre las marchas han sido una forma de hacerse escuchar y decir basta. Tiene que ver con la vida y con la muerte, cabrón, con todas las muertes que ocurren a diario en este país, con reclamarle al gobierno que mueva las manos y haga lo mínimo que nos promete.

—No puede ser —decía B—, por favor escúchate. ¿Quién eres? ¿Qué pasó con la A que amaba?

Las cosas no fueron siempre así. Las cosas más bien fueron buenas por dos o tres años. Aunque cualquiera hubiera apostado en su contra, se las arreglaron para hacerlo funcionar. B quería ser contador o abogado y hacer mucho dinero, A quería pintar y escribir. A llevaba,

a fuerza de mano dura y autodisciplina, todo un plan de lecturas con el que cumplir para lograr la formación que ella deseaba, mientras que B no leía más que los encabezados de las noticias y lo que estrictamente le dejaban de tarea. B era un católico de fe ciega, mientras que A, poco a poco, comenzaba a cuestionarse su propia fe —que en realidad no se trataba de la suya, sino de la fe que con toda inocencia y buena voluntad le inculcaron sus padres, sus abuelos y sus maestros— y cada día se desentendía más del asunto.

Sus peleas podían subir de tono y durar por días, pero no pasaban de eso. A pesar de todo, A y B aguantaban. Bien o mal, pero aguantaban. Nunca fueron tan graves como la que acababan de tener durante la comida. Lo grave era la duración: llevaban más de un mes regresando al mismo tema y no lograban alcanzar un acuerdo.

—No, no, es que sí hay que hablar —le decía B, bufando como un animal—, claro que tenemos que hablar. Antes pensaba que sólo era una fase y que pronto acabaría. Y yo me decía está bien, B, ten paciencia, déjala ser que ya se le pasará. Pero no se te pasó nada y te quedaste colgada de esas ideas tan ridículas. Ya despierta, A, por favor.

—Sí, B, como tú digas. Yo soy la que tiene que despertar —decía A.

Estaba demasiado cansada de tener que pasar una y otra vez por lo mismo. Por la misma *fase*: esa era la palabra que había escogido B. O *moda*. Qué cabrón, pensó A. No entendía cómo habían llegado hasta ese punto. Nunca pensaron exactamente igual, pero antes encontraban la manera de alcanzar cierta armonía para no terminar jalándose de las orejas. Pero el tema del feminismo era distinto, pues B no lo entendía y, como suele suceder cuando hablamos de algo que no entendemos, lo ridiculizaba.

—Ya estuvo bueno, A. ¿Desde cuándo eres así? ¿Unas cuantas clases y ya se te metió en la cabeza que puedes sermonear a todo el que piensa distinto a ti?

—No, B, por supuesto que no pienso eso —decía A—. En ningún momento dije eso. Por favor no cambies mis palabras. Lo que digo es que hay que estar ciego para no ver que las cosas están mucho más difíciles para las mujeres. Sólo te pido que trates de entender, B.

—Y tú trata de entender que también hay muchos beneficios que nosotros no tenemos y ustedes sí. Los hombres también sufrimos violencia, también nos matan, pero no estamos graffiteando edificios o haciendo actos vandálicos por toda la ciudad.

—¿Beneficios? ¿Cuáles beneficios? No te imaginas lo culero que se siente no poder caminar al Oxxo a comprar unos pinches cigarros sin tener terror de ya no volver. O no te

vayas tan lejos: que todo el mundo te mire y te grite y sienta que tiene algún tipo de derecho sobre ti y sobre tu cuerpo.

—Pero no es la manera, A. No chingues.

A no comprendía. B era bueno, era un novio leal y cariñoso, pero cuando tocaban ese tema se convertía en otra persona. Le dolía muchísimo ver que su relación parecía estar a minutos de irse al garete. En cierta medida, culpaba a su padre. Él fue quien la hizo tener un corazón de pollo. Solía darle consejos todo el tiempo. Mija, ven aquí, le decía, pon mucha atención, quiero que escuches muy bien lo que te voy a decir. A se sentaba en su regazo y escuchaba. O eso trataba. A era una niña y había muchas palabras que no se dejaban asir por su comprensión. Su padre le hablaba de moral y de filosofía y le decía un montón de nombres de señores griegos o alemanes a los que A, invariablemente, imaginaba viejos y canosos. Y barrigones. O se dejaba mecer por la dulce cadencia acompasada de la voz que le hablaba a unos cuantos centímetros de la cara y que siempre olía a tabaco y café. O a veces su atención se dispersaba en los colores que vislumbraba a través del ventanal: en el violeta de las jacarandas o en el anaranjado pausado y febril de los atardeceres tapatíos, tan hermosos y holgados como ellos solos. Pero hubo un consejo que nunca olvidó. Las personas, le dijo su padre, son como las flores: florecen para perecer, viven por unos instantes y, en ese lapso tan efímero, tienen el poder de adornar el mundo, de darle más vida, de hacerlo más bello y habitable. Son necesarias, y lo son porque son finitas. Y ese es todo el punto, A. Precisamente porque son accidentales y contingentes, porque en un abrir y cerrar de ojos cambian, mutan, devienen en otra cosa distinta, por eso son hermosas. ¿Sí me sigues, A? Mhmm, respondía A, sin entender gran cosa pero con la seguridad de que se trataba de algo importante. Así es la vida, A, y así tenemos que aprender a quererla. No vale la pena afligirnos por cuestiones que no dependen de nosotros mismos ni preocuparnos por aquellos momentos aciagos cuando miramos a los ojos a una persona que creíamos conocer y ya no la vemos ahí. Es normal, es parte de lo que significa crecer, y no nos queda de otra más que adaptarnos al cambio o soltar amarras por las buenas. Todo se reduce a eso, A: adaptarnos o soltar amarras.

—Es que no te entiendo —le decía B—. ¿Desde cuándo piensas así? Antes no eras tan terca. Antes no estabas tan cegada. ¿Quién te metió la idea de que lo que haces está bien? ¿Quién te enseñó que está bien juzgar a todo el que piensa distinto a ti?

—Claro, porque según tú yo solita no pude haber llegado a pensar eso.

—Sabes que no me refiero a eso, A. Lo único que digo es que a veces parece que no eres tú quien habla. Y yo me preocupo, claro que me preocupo, porque puedes ser muy influenciable, A, muy sugestiva. Lees o escuchas algo y cambias por completo tu forma de pensar. Modificas toda tu personalidad de la noche a la mañana, como si te hubieran hecho un lavado de cerebro.

—El que necesita urgentemente un lavado de cerebro es otro —dijo A.

—No puede ser, A. ¿Otra vez con el mismo cuento de nunca acabar? Lo único que digo es que no entiendo por qué te empeñas tanto en ir a esas marchas y en hacerla de pedo por todo. No va a servir de nada, A. Nada más haces el ridículo.

Las personas cambian, sí, de eso no había la menor duda, pero no era sencillo ser testigo de ese cambio. Era brutal ya no sentirse con la misma confianza para hablar con B de lo que fuera, con su novio, al que amaba o creía amar, que para el caso es lo mismo. Cada vez tenía menos fuerza para seguir con esa eterna rutina, con la agónica y prolija repetición de lo cotidiano. Por eso los reproches y las querellas, los insultos y el llanto. Por eso los silencios distendidos que duraban por días. A ya se había cansado de fingir ser algo que no era. Más bien, de sentirse mal con lo que en realidad era. Porque el del problema era B, no ella. ¿Por qué carajos le tenía que estar rindiendo cuentas? A siempre supo que había una especie de machismo soterrado en B —como en casi todos los mexicanos, como en casi todas las mexicanas—, es decir, el peor tipo de machismo que hay: el que se nos escapa cuando menos nos lo esperamos y nos va jodiendo de a poco, el que opera subrepticamente en cada pensamiento, sentimiento o juicio que emitimos sobre la realidad sin que nos demos cuenta de ello. El problema es que, conforme pasaba el tiempo, perdía todo lo que tenía de soterrado y se volvía más obvio y patente. Más insoportable.

—Y sí, tienes razón, B, he cambiado: cambió mi personalidad y también cambiaron mis ideales. Pero no por leerlo en algún lado o porque alguien me lo dijera.

—¿Entonces por qué fue, A? Explícamelo de una buena vez.

—¡Porque es lo que se tiene que hacer! —explotó A, finalmente—, ¡Porque las cosas son insoportables así como están! ¡Es el horror, nada más y nada menos que el horror! ¿No lo puedes ver? ¿No puedes ver que, como todas las personas, estamos muriendo? ¿Que cada suspiro que damos es un paso más hacia la muerte? No sé tú, pero yo no quiero arrepentirme por haber desperdiciado mi vida cuando me llegue la hora, no quiero maldecirme a mí misma

por no haber dado todo lo que podía dar. Porque B, te guste o no, esta es la única vida que tenemos y no estoy dispuesta a cruzarme de brazos mientras pasa delante de mí.

—Otra vez con ese bendito tema —dijo B—, no puede ser que...

—No estoy dispuesta a quedarme sentada en un sillón, B, esa no es opción para mí. ¿Qué vida es esa? ¡Ninguna! ¡Es la muerte en vida! La vida es para luchar, para comprometerse, para tomar postura sin miedo a alzar la voz cuando sea necesario. Tal vez suena cursi, B, pero quiero poner mi granito de arena para que cambien las cosas.

—¿Y tú crees que eso lo vas a lograr con ir a una marcha?

—No lo sé, B, de verdad que no lo sé. Tal vez. Mínimo estoy haciendo algo. Aunque tú también lo haces, aunque no te quieras dar cuenta. Tu postura, no me importa que no me lo creas, también es política y moral. Al no hacer nada estás haciendo algo. Vaya, ¡estás haciendo un chingo! Aunque sea por omisión, pero lo haces.

—A, creo que estás empezando a exage...

—Y yo no, B, perdóname, pero yo no quiero eso. Yo quiero aprovechar que aún corre sangre por mis venas para hacer algo al respecto. Quiero hacer que cuente, poquito o mucho, pero que cuente mi paso por este mundo de locos.

Bien podía echarse a llorar a lágrima viva o soltar un alarido de la frustración, pero no lo hizo. Se acercó a la ventana. Miró las jacarandas violetas y también el bello arrebol que ya adornaba el cielo tapatío. Pensó en su padre, en el ventanal del despacho de su padre por el que vio muchas veces escenas similares, y en el olor a tabaco y café. Pensó en ella misma de niña: su cabello atado por dos coletas, las rodillas raspadas de tanto correr y saltar y caerse y jugar, su dentadura chimuela, una niña contenta y feliz con ganas de comerse el mundo, con ansias de aprender y leer y dibujar. Hacía mucho que no se sentía así. También pensó en B, en lo feliz que llegó a ser con B. Y lo pensó así, en pasado, lo cual la asustó y la hizo sentir una enorme tristeza. Pero también la hizo experimentar una especie de complicidad con la vida. Al fin y al cabo, no era tan mala, pensó A. Simplemente nos exigía mucho de nosotros mismos y tarde o temprano nos forzaba a tomar postura, a actuar, a decidir. Nos obligaba a tomar una decisión: adaptarse o soltar amarras. Todo se reducía a eso.